

## MECIENDO MUERTOS

Cuántas veces imaginé, se dijo a sí misma, cuántas veces, sentada en la oscuridad de su sala y todavía sin ganas de prender las luces, pensaba en los muertos; cuántas veces imaginé cómo sería, cuándo empezarían a salir los muertos por la puerta de la casa.

Se mecía en la mecedora vieja, con ganas de ir a comprar cigarrillos pero con pereza; pensaba: cuántas veces lo imaginé y todo salió tan diferente a como lo sospechaba. Chirriaba un poco la silla vieja, pero todavía mecía; al menos todavía me arrulla, pensó Alma y después se dijo: Dios mío, yo que pensé que nos iríamos en el mismo orden en que llegamos. No podía dejar de pensar en ellos. Una parte de su espalda se asomaba por el mimbres roto; todavía mece, dijo, pero uno de los brazos ya está flojo; mientras siga meciendo, yo me sentaré aquí, pensó balanceándose; hasta imaginé los ataúdes rodando por la escalera estrecha, se dijo.

Estiró el brazo para encender el radio, no había considerado esa posibilidad pero lo encendió sin pensarlo. Son las seis y cuarenta, dijo un locutor. Cuántos radios se escuchaban en la cárcel, pensó Alma, todos al mismo tiempo,

siguió pensando, cuánto ruido, se dijo recordándolo, para espantar el silencio de los muertos que todas teníamos encima. Con un pie se quitó un zapato y concluyó: ya está decidido, no voy por cigarrillos; pero el locutor insistió: vaya a donde está el sabor, fume cigarrillos Winston; ¿cigarrillos qué? preguntó Alma; Winston, repitió el locutor, después agregó: el sabor triunfador, y Alma meciéndose preguntó: ¿triumfador de qué?

Con el pie que ya tenía descalzo se quitó el otro zapato, después pensó: los muertos, y sintió un frío en el estómago; creyó que serían ganas de entrar al baño; esta mañana no hice nada, recordó, será porque anoche no comí, dijo y pensó en lo que le había dicho su madre: estás muy flaca, algo así había dicho; algo como: no te alimentas bien, pero Alma recordó su almuerzo, el almuerzo fue abundante, y luego: tal vez esta noche tampoco coma. Pensó en su madre, sintió otra vez frío en el estómago, pero si no tengo apetito, se justificó, se dijo, así rinde más la comida. Por entre la blusa palpó sus costillas pegadas a la piel, después subió un poco la mano hasta tocar el sostén; ya no es lo mismo, dijo, solamente huesos les van a quedar a los gusanos, remató.

Con la misma mano que había acariciado su piel desabotonó lentamente su blusa, sin dejar de mecerse, sin dejar de pensar en los muertos. Quedó con su vientre al aire; el sostén blanco resplandecía en la penumbra. Si alguien llegara y me dijera ¿fumas?, pensó, yo le diría, solo Winston, el sabor triunfador; sonrió, sintió que ese destello de alegría le permitiría quitarse el sostén, *triumfador*, repitió.

Su mano se fue hacia atrás y hábilmente lo desabrochó, con la otra tiró de él y lo soltó al piso; ahora sí, dijo y se acarició los senos, *triumfadores*, dijo y se los levantó con las manos.

El frío en las entrañas la volvió a congelar; buscó darse calor con un abrazo propio. Pensó otra vez en ellos, se preguntó: ¿dónde andarán?, se cuestionó: ¿y si fuera al baño? Se mecía rápido con el cuerpo echado hacia adelante, se mecía y decía: los muertos, repetía, el baño. Recordaba que ese frío también lo sentía en las alturas, el frío y las ganas de lanzarse, pero en su casa solamente el vientre helado; tengo que tomar algo, pensó; toma Sal de Frutas Lúa, dijo el locutor; cállate, le ordenó Alma; Lúa, Lúa, Lúa, cantó el locutor; ¡que te calles!, gritó Alma; te sentirás mejor, dijo el anunciante; ya me siento mejor, dijo Alma, a lo mejor era cuestión de gritar y nada más, pensó, se relajó, recostó su cuerpo, llenó sus pulmones; ya está oscuro, dijo, ya estoy mejor. Son las siete, dijo el locutor; cómo pasa el tiempo, pensó Alma, juraría que solo han pasado dos minutos.

Ahora se balanceaba lentamente, acunándose mientras tarareaba la canción del radio, dejó caer los brazos hacia los lados, tarareaba mientras cavilaba: creía que papá sería el primero, se mecía y pensaba, sería el ataúd más grande; abrió las piernas buscando aire fresco, después seguiría mamá, pensó en la escalera estrecha, después yo y después Cielo, y recordó lo que pensaba cuando era niña: Cielo se irá al cielo y al infierno me irá yo; no era un invento suyo sino de su hermana que le cantaba: Cielo se irá al cielo y al infierno te irás tú. Se alzó un poco la falda buscando que a través del mimbre le entrara un poco de viento. Dijo: Alma

y Cielo, y recordó lo que le dijeron alguna vez: parece el nombre de un dúo de música vieja; se lo dijo la que fue su compañera de celda y, tantas noches, de catre. Sintió deseo de quitarse los calzones, entonces apoyó los pies contra la baldosa, levantó la pelvis, metió las manos entre la falda y se los sacó hasta las rodillas, luego rodaron solos hasta el piso.

Volvió a mecerse en su silla, sintió un hormiguelo entre las piernas, sintió que debería encender las luces para mirarse pero no lo hizo, prefirió tocarse y pensó otra vez en su compañera, pensó: hace tanto tiempo; no supo cuánto pero sentía que había pasado hacía ya bastante; cómo pasa el tiempo, se dijo; son las siete, anunció el locutor; juraría que ha pasado más tiempo, dijo Alma; son las siete y cincuenta, dijeron en la radio. Me podría quitar todo, pensó Alma. Entonces bajó la cremallera y repitió la posición con la que se había bajado sus calzones: pies firmes, pelvis arriba, falda abajo; ahora sí, dijo, y meciéndose desnuda puso sus manos frías sobre su sexo caliente; sintió que se le calentaban los dedos; se meció más rápido, miró hacia la ventana y vio que ya tenía la noche adentro. Nada es como uno cree, dijo, nos estamos muriendo en desorden.

Se meció más rápido y sintió que estaba húmeda; sin sacar los dedos de allá abajo, se dijo: no sé para qué pierdo el tiempo pensando en muertos si ni siquiera tengo un vivo que me acompañe a esta hora.